

Creecer en la Fe

Contra la incoherencia y la tibieza espiritual.

A favor de la felicidad
de ser cristianos comprometidos.

Herencia de
· Corazón ·
a corazón

WWW.HERENCIACORACOR.COM

Edición: Mayo 2013

Autor: Obra colectiva

Asesor Espiritual: Padre Benito Moresco OSM

PRESENTACIÓN

Este libro está dirigido a toda persona que desee formarse interiormente y profundizar en la fe católica. Su propósito es renovar nuestro criterio de pensamiento como personas cristianas, despertar reflexiones acerca de nuestro comportamiento como “Iglesia de Cristo”, agudizar el discernimiento necesario para educar a otros y a nosotros mismos en la santidad, en un mundo difícil, confuso, donde cada vez parece más impensable vivir los valores del cristianismo.

Este libro resulta de la compaginación de una serie de suplementos editados durante los últimos años por la Fundación Camino de Emaús.

Responde a la necesidad que tenemos los cristianos de fortalecernos en los valores y en la Verdad del Evangelio.

Responde también a la necesidad de la Iglesia de que las familias cristianas asentemos nuestra vida de Fe, y que comprendamos la importancia que tenemos en la Iglesia cristiana, como camino hacia Dios.

Nos enfrentamos a un mundo donde la pureza es interpretada como una ridiculez y donde el amor es tarjeta descartable, donde lo espiritual se confunde con tranquilidad mental y donde Dios queda reducido a una sensación placentera del yo; un mundo que prefiere valores pasajeros, que no requieran de sacrificios y sean obsecuentes con los dictámenes de nuestro ego, tantas veces tan tirano y egoísta.

Frente a este mundo, que fue creado por el amor de Dios, queremos elevar nuestra mente al Señor para que nos de Su fuerza para cambiar nuestros pensamientos, dar educación verdaderamente cristiana a nuestros hijos, alumnos o grupos pastorales, para que, como Iglesia, demos un coherente testimonio de Cristo.

Pedimos a Dios que nos oriente, para poder transitar este difícil camino y a la Virgen María, Su Bendición.

PRÓLOGO

Es verdad que nos encontramos muchas veces con matrimonios que hablan o escriben acerca del matrimonio o en relación con esta realidad. Pero al presentar este Libro: “CRECER EN LA FE”, podemos comprobar lo que significa hablar o escribir desde un “estudio” o hablar o escribir desde la experiencia, de lo vivido a diario.

Sin duda, los autores de este trabajo, lo hacen desde su experiencia, de su vida, y por eso cada palabra, cada capítulo, lo han extraído de lo que viven. Lo sencillo aquí es profundo y comprometido: es la vivencia de unos cuantos años, que han recogido lo que hoy transmiten con tanta sencillez y profundidad al mismo tiempo.

Es un Libro que se lee de corrido y con gusto, saboreando aquello que nos entregan. Sin duda, será de mucho fruto para muchos matrimonios que ya viven o se preparan para esta vocación que es una experiencia única, que puede ser enriquecida. Todo lo que pueda enriquecer este camino nunca estará de sobra, sino que contribuirá a plasmar en su realidad concreta, lo que un día soñaron y confirmaron ante testigos, en la Iglesia durante el Santo Sacramento del Matrimonio.

No puedo menos que alabar estas ponencias personales y testimoniales, porque serán las que ayuden y/o confirmen en el camino emprendido o por emprender.

El lector dará su veredicto desde su experiencia: corregirá, aumentará, equilibrará lo que a su juicio y experiencia juzgare. Yo desearía que todos los Matrimonios, jóvenes o mayores, puedan aprovechar de estas páginas que se les ofrecen, corregirlas o potenciarlas desde el propio ángulo de su experiencia, corta o larga.

Pido al Señor que llama a tantos y tantas a unir sus vidas, ideales y proyectos, los acompañe para realizar aquello que siempre soñaron al encaminar sus vidas por el camino del amor esponsalicio.

Y que muchos -ojalá todos- los que han sido llamados a transitar este camino, puedan hablar bien del sacramento del matrimonio, pese a todas las piedras que hayan o puedan encontrar en él. Recuerden aquel momento en el que quedó sellado su matrimonio por el Sacramento frente al altar, dieron vuelta y caminaron emocionados por la nueva vida que comenzaba. Sigán con emoción y madurez por el camino que ya los transportaba como esposos, ligados para toda la vida.

Y aquellos anillos, bendecidos allí, en el altar, sean un recuerdo imborrable de pertenencia visible, del amor que se juraron para siempre

A handwritten signature in dark ink, reading "José A. Sorano SJ", is centered on the page. The signature is written in a cursive style and is highlighted with a yellow glow effect.

José A. Sorano SJ

LA PROBLEMÁTICA DE LA FAMILIA CRISTIANA

*“Pero el mundo pasa, y con él, sus deseos.
En cambio, el que cumple la voluntad de Dios permanece eternamente”.*
1 Juan 2, 17

¿Por qué tantas familias creyentes, están disueltas y quebradas?

¿Qué sucede en los matrimonios?

Nos encontramos en un momento, donde hay un quiebre entre la Voluntad de Dios al bendecir la unión entre un hombre y una mujer en el sacramento del matrimonio y la voluntad de los conyugues que buscan Su Bendición durante su matrimonio.

Dios desea y nos ha enseñado un camino de amor, cuyo destino es la santidad. Ese camino como todo camino tiene sus límites, que para los cristianos debería ser la Ley de Dios. Pero el sacramento del matrimonio no es respetado por todos por su carácter sagrado, ya que no todos le otorgan el mismo valor que Dios le da.

Por esa razón hoy día se casan por la Iglesia personas que no viven el cristianismo, que no tienen la intención de buscar el camino señalado por Dios, ni de cumplir con las promesas hechas en el altar. Estas personas, igualmente se casan por la Iglesia porque desean cumplir con un “ritual”, con una moda impuesta, vivir una ilusión, algo imaginado desde niños y cumplir con lo estipulado por la tradición.

No todos contraen el sacramento del matrimonio porque desean la Bendición de Dios, ni porque desean vivir bajo la Ley que están aceptando libremente.

Muchos matrimonios que se acercan al sacramento lo hacen porque es una tradición y es lo estipulado socialmente, pero no por ello dejan de desear su Bendición.

Luego, cuando fracasan en sus promesas, su matrimonio queda estancado y no pueden continuar por diversos problemas. Esto sucede cuando no hay conciencia del compromiso que se toma al buscar y recibir este sacramento; es por eso que con el paso del tiempo, se dejan de lado las condiciones que supone el camino de Dios para poder amarse mutuamente. Comienzan a traspasarse los límites del sacramento y los límites del amor, se busca amparo en otro tipo de amor y se busca la bendición de la ambición, del materialismo, de la sensualidad; entonces un día, sin habérselo propuesto, se dan cuenta que han cambiado de camino y que ahora están en uno que aprueba y acepta un amor sin límites, en donde ya la esposa/o no es un límite para ser infiel, los hijos ya no son un límite para dejar la casa, la responsabilidad como persona ya no es un límite para dejar de cumplir los deberes para con la familia, los valores ya no son un límite para transgredir en sus acciones. Y así, el hombre y la mujer de este tiempo, que fueron creados para amarse y hacerse felices, al no tomar en serio su compromiso ante Dios, lo único que toman en serio es la satisfacción de su propia felicidad, a costa de todo o de casi todo. Los matrimonios cristianos fracasan, no porque el sacramento venga fallado, sino porque la intención de amar imitando a Cristo está nublada por la satisfacción egoísta de un ego caprichoso, que no respeta lo sacro ni lo humano.

Repercusión en los jóvenes

Desde esta realidad, es comprensible que el sacramento del matrimonio ya no sea un atractivo para muchos jóvenes cristianos, que encuentran en la convivencia o en relaciones esporádicas un camino a seguir, sin un compromiso que sus mayores les han demostrado que no se puede cumplir, sin acatar responsabilidades que les han enseñado a evadir, sin comprometerse con una Ley de Dios que les han enseñado a romper.

Y cuando son instados a seguir el camino que indica el Evangelio, defienden su postura con argumentos contundentes, que para ellos, están llenos de sentido común.

¿Se los puede condenar o juzgar? No, pues los mismos creyentes no hemos podido ni podemos transmitir que el matrimonio, cuando ambos viven a Dios en primer lugar, es un sacramento maravilloso, santificador, lleno de gracias aún atravesando problemas y crisis.

La Voluntad de Dios

La Voluntad de Dios está expresada en Su Palabra, el camino está enseñado y señalado, pero los cristianos hemos fallado en comprender que la felicidad se logra cuando vivimos Su Voluntad.

Confundimos felicidad con sonrisa, alegría con no tener problemas o “estar bien”. Entonces cuando vienen los conflictos, las crisis de algún miembro de la familia o del matrimonio, nos salimos del camino, nos vamos a la banquina y buscamos otras alternativas.

¿Fallamos como Iglesia?

¿A quién culpamos por este quiebre cristiano, social, humano? ¿A los matrimonios creyentes? ¿A los sacerdotes? ¿A los laicos comprometidos en la tarea pastoral?

Todos somos víctimas del germen que ha entrado en nuestros corazones. Hay creyentes que bautizan a sus hijos y los preparan para tomar su primera comunión, pero son muchos los que lo hacen sólo por costumbre.

Mientras que no recapitemos sobre nuestra necesidad de cumplir con los mandamientos del amor de Dios, de buscar hacer Su Voluntad en nuestras acciones, de comprender que no son un mandato de un Dios autoritario hacia

nosotros, sino que son un camino de felicidad aun cuando esto requiera de nuestro esfuerzo y mortificación, no vamos a provocar un cambio como Iglesia.

¿Qué es la felicidad de un matrimonio?

¿El éxito profesional del hombre? ¿El éxito profesional de la mujer? ¿El éxito escolar de los hijos? ¿La posición social? ¿Las apariencias de vida y de entereza espiritual? En más de una ocasión éstos pueden ser los parámetros de satisfacción en un matrimonio.

Pero la felicidad en un matrimonio no se da por cumplir estas condiciones, sino cuando el amor entre ellos no depende de la existencia o no de ellas, cuando el vínculo, ha logrado de la mano del amor de Dios, transitar las diferentes etapas de crecimiento como persona junto al otro, cuando se ha logrado acercar al otro al amor de Dios, siendo a la vez camino de ese Amor, para con el otro.

El trabajo como medio, no como fin en sí mismo

¿Es amor trabajar para mantener a la familia? Sí, es amor. Pero imitando como modelo a San José; el trabajo debería ser un medio de santificación personal y de sustento familiar.

Muchas personas buscan por medio del trabajo la glorificación de su ego, la demostración de sus talentos, el reconocimiento por los resultados, y más que el sustento familiar, buscan la riqueza personal. Esto nos sucede a menudo, paulatinamente, casi sin advertirlo, pues vamos cayendo en una rueda que no podemos parar, en donde confundimos nuestro esfuerzo como si fuera nuestra demostración de “amor por la familia”; pero en realidad es una muestra de nuestro orgullo, ambición y vanidad de ser y tener cada día más. Aquí encontramos otro quiebre entre la Voluntad de Dios y la voluntad humana, hay una distancia entre las

aspiraciones personales, las necesidades que nos imponemos, nuestras pretensiones y el camino de Dios.

La educación de los hijos

¿Qué incentivamos a crecer en nuestros hijos?: ¿Sus notas escolares, sus rendimientos en deportes, su cantidad de amigos, su equilibrio psicológico, su espíritu?

Muchas veces los matrimonios reducen todo el esfuerzo a lograr estas metas en los hijos para prepararlos para el mundo, para que puedan enfrentar los problemas con fortaleza e inteligencia, pero se olvidan que eso no garantiza la felicidad de los hijos; pero también les deben señalar el camino del amor de Dios, pero para poder hacerlo satisfactoriamente, los padres debieron, primero, haberlo encontrado ellos mismos.

Los padres desean que sus hijos no sean rechazados, que estén integrados, y por eso buscan que tengan amigos, que se lleven bien con todos, que no se alejen de lo estipulado por la sociedad, que estén contentos, satisfechos para que no sufran. Así los hijos se vuelven los reyes y los padres los súbitos que cumplen sus apetencias. Pero nadie puede evitar que los golpes y los sinsabores de la vida los hagan sufrir. Por eso, para prepararlos para una vida como cristianos, tenemos que señalarles el camino de Cristo, para que puedan vivir en el mundo pisando Su camino.

Ser santos

Es un camino de desprendimiento de la mirada del mundo, donde siempre hay que buscar la mirada de Dios. Si queremos crecer en nuestro compromiso como cristianos y ser más auténticos con nuestra Fe, tenemos que preguntarnos ¿Qué herencia recibimos en nuestra vida? ¿Qué herencia dejamos, una que se agote en

este mundo u otra que abra las puertas al Reino de Dios? Honestamente, ¿Qué nos interesa más... satisfacer nuestras necesidades materiales y físicas o las espirituales?

“Porque allí donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón”. Lucas 12, 34

“Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará a otro, o bien, se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al dinero”. Mateo 6, 24

Si hacemos crecer solamente las necesidades materiales, descuidamos las espirituales; pues éstas también requieren de esfuerzo, de trabajo, de tiempo y de desprendimientos.

¿Cuánto tiempo ocupamos en alimentar nuestro cuerpo material? ¿Cuánto tiempo empleamos en darle alimento a nuestro espíritu?

Como cristianos, tenemos que tener muy claro que cuando decimos alimento espiritual, nos referimos a la Palabra, pero no debemos confundir al yoga, al reiki u otras terapias alternativas con el Espíritu Santo que el Padre envió en Pentecostés.

Nuestro espíritu sólo encontrará paz y serenidad en el Espíritu del Padre que nos creó, pues sólo ese Espíritu posee los siete Sagrados Dones. Esos dones no provienen de nosotros mismos, esos dones sólo los recibimos de Dios, a esos dones sólo los sentimos reconociéndonos hijos del Padre y al servicio de Su Voluntad.

¿Cómo le respondemos los creyentes a nuestro Dios?

Muchas veces creemos en Él, pero confiamos más en nuestros criterios para ver y juzgar el mundo; creemos en Él, pero confiamos más en nuestros ahorros y cuentas corrientes; creemos en Él, pero luego rechazamos la cruz.

Los cristianos tenemos que tomar conciencia del pedido que hacemos cuando rezamos el Padre Nuestro: *“Danos hoy nuestro pan de cada día...”*; pero ¿confiamos en Él? o en realidad ya nos estamos asegurando el “pan nuestro de dentro de dos

años y el pan nuestro de los sesenta años” ¡Y sin tener en cuenta que no sabemos cuánto tiempo viviremos!

¿En qué lugar queda relegada la Voluntad de Dios en nuestras vidas, si pretendemos tener todo asegurado? Los que económicamente no poseen dinero para asegurarse la educación, la vivienda y el alimento, posiblemente adquieren más experiencia en confiar en la providencia de Dios.

Los que están acostumbrados a que la propia voluntad se cumpla y que todo se vea satisfactorio según lo planeado o deseado, se ven tentados de suponer generalmente que esa es la Voluntad Divina y les resulta muy difícil y contradictorio, encontrar a la Voluntad de Dios como un pensamiento diferente al propio.

Dios nos dio sus Leyes

Dios nos envió a Jesús para que nos enseñe el Pensamiento de Su Padre, nuestro Padre. Y nosotros, ¿Qué hacemos frente a eso? ¿Cómo representamos los creyentes el pensamiento de nuestro Creador? ¿Damos testimonio de que cumplir sus mandamientos trae felicidad al corazón? ¿Somos coherentes en nuestro actuar? Muchas veces somos contradictorios y así, como cristianos, dañamos la imagen de Cristo a través nuestro, pues acomodamos los mandamientos y el Evangelio a nuestra conveniencia, juzgando la Palabra a nuestra medida.

Toda la Iglesia tiene una misión de apostolado

Significa que todos los bautizados estamos llamados por Dios a contribuir con la misión de dar testimonio con nuestro actuar de nuestro Creador. Para que ese actuar sea coherente, primero nuestro corazón y luego nuestra mente, deben ser fieles al Amor y al Pensamiento de Dios.

Pero en muchas ocasiones experimentamos que asumimos un compromiso teórico, sin que nuestro corazón esté centrado en el Amor de Dios y sin que nuestra mente lo esté en el Pensamiento Cristiano.

Por eso, buscamos desorientados otras opciones, otros criterios, otras alternativas, que se amolden más a la mentalidad del mundo y a lo más conveniente en ese momento.

¿Dios debe acomodarse al hombre o el hombre a Dios?

Si nos decimos “cristianos”, si buscamos ser coherentes con nosotros mismos, no cabe otra posibilidad que intentar imitar a Cristo, quien no hizo más que acomodar Su voluntad de hombre, a una Voluntad Superior, a la de Dios Padre.

Vivimos en un vaivén entre las obligaciones, los conflictos, los problemas materiales, psicológicos y espirituales de toda índole. Nos cuesta comprender el Evangelio de esa época y aún más, trasladarlo a la actualidad; nos sentimos limitados para asimilar los mandamientos y vivirlos, muchas veces los acomodamos a nuestra conveniencia para poder justificar nuestras elecciones y decisiones; y es entonces, cuando dentro de la propia Iglesia se sufren distorsiones.

Aquí nos encontramos con otro quiebre importante que perjudica el asentamiento de la Fe en las familias cristianas y que, por lo tanto, afecta a toda la Iglesia, queremos mutar el eje principal de nuestra Fe que es Cristo, quien nos señala con su vida, que es el hombre quien debe acomodarse a Dios, y no viceversa.

En nuestra limitada comprensión cambiamos ese eje, y en lugar de mirar hacia lo alto, en lugar de enfocar nuestra Fe en Dios Padre y Su Palabra, la enfocamos en el centro de nosotros mismos, la direccionamos hacia un lado contrario al señalado por Cristo: nuestro egocentrismo. Ya sea para calmar un raciocinio que demanda explicaciones, o para querer hacer las cosas a nuestro modo y así sentirnos más seguros y dueños de nosotros mismos, justificándonos en nuestra libertad o simplemente para probar otras cosas.

Hoy los cristianos transmitimos una Fe centrada en nuestros propios criterios, enfocada en el hombre y sus deseos, en sus urgencias, en sus ataduras, en sus necesidades accidentales.

Exigimos y necesitamos tener buenas razones para renunciar al poder del yo, para poder donárselo a Dios; pero quien verdaderamente siente el amor de Dios y la necesidad de una entrega generosa a Quien se dio todo por amor, no necesita expresar razones, pues ellas no se dicen con palabras, sino que se sienten en el corazón.

Caemos en la trampa del oasis de la felicidad

Muchas veces los cristianos, en el afán de entender todo, nos preguntamos por qué Dios no transforma los corazones y no nos facilita la tarea de entregarnos, dándonos la gracia necesaria para ello. Sabemos que cuando Él así lo dispuso, la dio a sus profetas, a sus apóstoles, y a tantas personas que han recibido un llamado especial.

Dios no lo hace con todos, Él requiere de nuestra colaboración, que le donemos libremente nuestros “cinco panes”, que demos una muestra de que queremos cambiar, de que estamos dispuestos a recibirlo. Pero muchas veces Dios se encuentra con corazones que están cerrados con las llaves de sus egos, con las llaves de la propia voluntad, con las llaves del amor hacia nosotros mismos por sobre los demás e inclusive por sobre Dios.

Esto ocurre porque estamos en la búsqueda de la felicidad superficial, y en ese afán por encontrarla, en lugar de “soltarnos”, nos aferramos más a nosotros mismos, nos fortalecemos en las ataduras, queremos desarrollar nuestros criterios y pensamientos para poder asentarnos, sin reparar que no estamos mirando a la felicidad verdadera, sino a un oasis de ella, que desaparecerá en algún momento.

Uno de los árboles de ese oasis es confundir la realización de la Voluntad Divina con la realización de la voluntad humana, ya que nuestra visión está empañada por la falta de desprendimiento del propio querer.

Si estamos llenos de nuestro querer, no podemos discernir cuál es la Voluntad Divina en nuestra vida.

La lucha entre la mente y el corazón

Muchas veces sentimos que tenemos que tomar ciertas decisiones, pero pensamos que no es el momento oportuno. Los sentimientos y los pensamientos pugnan por dominarnos. Por eso, es tan importante el discernimiento y la oración, para poder tomar la decisión correcta.

Es frecuente que la mente pida razones, que pregunte, quiera respuestas, cuestione, que no se someta. Como el motor de la mente es la inteligencia, el hombre muchas veces pone su confianza en la inteligencia más que en Dios.

Seguir el corazón, muchas veces es caminar sin conocer el camino, pero también nos puede engañar ya que podemos creer que conocíamos el camino y un día darnos cuenta de que era un simple “oasis”.

Seguir el corazón es confiar en que hay alguien más alto, más grande, más omnipotente, más inteligente y que todo lo ve, todo lo conoce, todo lo sabe, todo lo prevé, y que si lo dejamos, va a prever en nuestras vidas un bien mayor a nosotros mismos, pues Él ya tiene planes para con cada uno de nosotros.

¿Tememos la Voluntad de Dios?

En ocasiones, a pesar de que amemos a Dios, de que creamos que existe y de querer servirlo, no terminamos de dejar que Su Voluntad moldee y señalice nuestra vida.

Una de las cosas es el temor: “¿Y si nos hace correr la misma suerte que a Su Hijo: ser pobre, vivir pobre, morir pobre?” “Yo quiero hacer la Voluntad de Dios, mientras no interfiera con mi modo de vida”, diría uno. “Yo quiero hacer la Voluntad de Dios, pero temo por lo que me pida”, diría otro. Esto sucede cuando algunos perciben la Voluntad de Dios como si fuese un ladrillo en la cabeza; otros creen que no importa lo que suceda siempre que sea la Voluntad de Dios; otros creen estar cumpliendo Su Voluntad pero no lo hacen con entrega, sino con padecimiento, como esperando algo parecido a “pájaro del mal agüero”.

Dios no quiere que le temamos, que lo cuestionemos, que lo analicemos, que cumplamos con lo externo de la religión, Él quiere que recibamos Su Amor, para que nosotros mismos podamos amar. “Pero ¡Si no lo veo!”, dirían algunos. “Que me de signos de Su Existencia” pensarían otros. “¿Por qué he de entregarle todo y obedecerle?” cuestionarían otros. “Yo no creo en eso”, se defenderían algunos.

Si no sentimos Su Amor, no podremos amarlo. Si no sentimos que es Nuestro Padre, no nos sentiremos hijos. Si no nos sentimos hijos. ¿Por qué hemos de obedecerle? Y, aunque seamos cristianos, no podremos salir de esta rueda de interrogantes si no comprendemos el eje de nuestra Fe: la entrega a Dios.

“El agua que brota de la tierra puede saciar la sed sólo por un tiempo.

*Únicamente el agua que nos da Cristo saciará para siempre
nuestra sed de verdad y de vida”*

1 Juan 2, 26

LA FAMILIA Y SU CRISIS

“Él les respondió:

*- El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo;
la buena semilla son los que pertenecen al Reino;
la cizaña son los que pertenecen al Maligno,
y el enemigo que la siembra es el demonio;
la cosecha es el fin del mundo y los cosechadores los ángeles”.*

Mateo, 13, 37-39

La raíz de la crisis familiar está en el espíritu mismo del hombre

Para algunas personas no es desconocido que el ser humano posee un cuerpo, en donde se encuentra el corazón físico, algo indispensable para tener vida y un espíritu, en donde se encuentra el corazón espiritual, gracias al cual, la persona puede sentir el amor.

Pero no por saberlo, tomamos plena conciencia de la importancia del corazón espiritual. No nos es ajeno que cuando el corazón físico se enferma, la persona toma conciencia del problema y se ocupa de resolverlo, siempre y cuando le sea posible.

Pero no tenemos la misma conciencia cuando el que está enfermo es el corazón espiritual. Y cuando esto sucede, se afecta nuestra capacidad de amar y sentir amor.

¿Cuándo el alma se enferma?

El alma se enferma cuando habita el pecado en ella: Cuando al corazón espiritual, no se lo mantiene limpio con el amor de Dios, se siembran en él, semillas de pecados que lo comienzan a enfermar. Estas semillas son el

egoísmo, la soberbia, el orgullo, la vanidad, la avaricia, la autosuficiencia, y todo aquello que nos hace elevarnos por encima de Dios y los demás.

La incapacidad para dar y recibir amor, es el síntoma más grave que aparece por la presencia de estas semillas en el corazón.

Estas semillas son sembradas y, como en toda siembra, crecen convirtiéndose en grandes plantas y llegado el momento, dan frutos si la tierra y el medio así lo permiten. Como todo fruto, tiene su proceso: al principio de la enfermedad, las semillas crecen silenciosa y paulatinamente, en el interior de la persona; para luego de un tiempo, llegar a convertirse en grandes plantas. Esto significa que comienzan a salir hacia el exterior, que se expresan, es decir, que queda afectado el actuar. Por ejemplo, la persona que en su corazón fue gestando la semilla de la avaricia, en esta instancia de la enfermedad, actúa con avaricia. Es así que de a poco, comienza a morir todo lo bueno que hay dentro, como las miserias comienzan eclipsar todas las virtudes, talentos, capacidades y bondades que toda persona tiene dentro.

La persona cuando está enferma espiritualmente, no es fuerte para combatir los males del corazón, pues no posee amor en su alma (o el suficiente amor como para poder protegerlo), por eso esta enfermedad tiene un efecto secundario, no menos grave: se almacenan en el corazón, como si fueran agujeros, los registros de vivencias y sentimientos negativos. Éstos se llenan de indiferencia, rencor, bronca, odio, resentimiento y de miedos, consecuencia de la incapacidad para amar, de recibir amor y perdonar.

Las personas cercanas, especialmente familiares y amigos, notan cambios y pueden reaccionar frente a ellos; es por eso, que la convivencia, el diálogo y el trato mismo, se pueden tornar tan difíciles, que comiencen a dañar los vínculos afectivos.

En síntesis, la enfermedad del alma, es el origen de muchas crisis personales y familiares, empezando por los matrimonios.

El carácter sagrado del matrimonio

El matrimonio es de carácter sagrado e indisoluble, ambas condiciones otorgadas por Dios. No hay crisis que pueda disolver ese vínculo. Es el corazón del ser humano el que no vive la santidad en el matrimonio. Hoy en día, muchas veces nos encontramos en situaciones donde uno de los cónyuges, carente del amor verdadero, corta relaciones, y luego pretende ser justificado por Dios. Pero el carácter sacro e indisoluble del matrimonio está por encima del pecado del hombre, lo trasciende, pues Dios está por encima de nuestros pecados y de nuestra vulnerabilidad humana.

Hoy en día, muchos cónyuges que se divorcian, pretenden también invalidar el sacramento del matrimonio, contraído a conciencia y bajo dominio de sus facultades humanas. Para ello, utilizan argumentos enfatizando aspectos del pasado, que hoy utilizan de manera egoísta y conveniente, que más que una verdad, buscan la anulación de un matrimonio para poder seguir con sus vidas, dentro de la aceptación de la Iglesia y de la mirada de los demás.

El remedio: la sanación a través de la gracia de Dios

Así como todos los días las personas cuidan su salud y su estado físico, también deben cuidar su corazón. Cuando alguien se da cuenta de que en sus pensamientos o en su actuar está creciendo algo que lo aleja del amor de Dios, debe acudir rápidamente a recibir la gracia del arrepentimiento, debe trabajar los valores ya que nos acercan a la Palabra de Dios.

Pero las personas no siempre son formadas en el conocimiento de su interior, en cómo Dios transforma todo corazón y toda acción mala, en buena.

El remedio para combatir los males del corazón y sus consecuencias, como lo son las crisis matrimoniales, es la sanación del corazón, una sanación profunda y responsable, sabiendo que cuánto más penetre el amor de Dios en nuestra

vida, purificando las heridas de nuestra historia, sanando nuestros pensamientos, restaurando los vínculos afectivos por medio del perdón y el amor, podremos vivir más armoniosamente con nosotros mismos, los demás y con Dios.

Los padres, instrumentos del amor de Dios y su tarea educadora

El amor de Dios es una experiencia de vida y los padres son los primeros en manifestar ese amor. El primer referente del amor que tiene una persona cuando nace, es el amor que recibe de aquellos que están a su cuidado. Una persona puede no recibir de sus padres un espejo del amor de Dios, pero sí de otra persona referente.

Las personas a cargo de educar y formar a un niño son las que le inculcan lo que es el bien y el mal.

Hoy en día, se ve a muchos padres en una gran dificultad al querer transmitir los conceptos de “bien” y “mal” conforme a los valores cristianos. Y esto ocurre porque en esta sociedad, dichos valores están muy distorsionados y en algunos casos, mutados. Los medios de comunicación transmiten su programación con valores en contra de la Palabra de Dios y de una manera grotesca, la presentan como modelo de felicidad y con personajes faltos de virtud, que los niños y adolescentes toman como referentes. Así, desde chicos aprenden a incorporar como un “bien” lo que éstos difunden.

Se ha perdido el marco protector que otorga la comunidad cristiana, pues la sociedad ha permitido y aceptado muchas transgresiones.

Para ayudar a crear una sociedad cristiana que pueda ir de la mano de los valores de Cristo, hay que reformar espiritualmente a las familias cristianas, para que las crisis que les toquen atravesar, las fortalezcan en lugar de destruirlas, para incitarlas a no ser débiles en el camino del amor, a que se animen a cambiar hábitos de convivencia como ser el disminuir los excesos de

TV y demás costumbres nocivas, para así poder crear un ambiente donde se recupere el diálogo, la recreación sana, se priorice la oración, y se fomenten prioridades que hacen de la persona, un ser responsable y auténtico. Sólo en un ambiente enriquecedor, en donde los padres sean los primeros en vivir aquello que pretenden de sus hijos, el amor de Dios podrá marcar la diferencia en la familia.

“Amigos, ¿Qué están haciendo? Nosotros somos seres humanos como ustedes, y hemos venido a anunciarles que deben dejar esos ídolos para convertirse al Dios viviente que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos”. Hechos 14, 15

Combatir entre todos, la enfermedad que asecha el alma

No podemos pensar en un cambio profundo, sin la transformación de nuestros corazones por medio de la gracia de Dios. Tenemos que luchar entre todos contra la enfermedad que nos agobia el alma. Para eso, Dios nos llama a sanar nuestro interior, a arrancar las semillas y plantas crecidas que enferman nuestro espíritu. Esto es lo primero que debemos que hacer, si de verdad queremos para nuestros hijos, una formación que los proteja de una sociedad que disfraza el mal de bien, que les impone una diversión que los aturde, los pone en riesgo desde muchos puntos de vista, y hasta los enloquece.

Las familias tenemos que combatir este mal luchando intrínsecamente por un mismo bien, por un bien que perdura, que nos hace mejor personas y nos ayuda a enfrentar desde los valores, una vida que cada vez se hace más difícil.

Pero estos males del corazón no siempre se ven claramente, y como no interfieren con logros materiales ni son un problema urgente de salud, no tomamos conciencia de su gravedad, y no asumimos con responsabilidad las consecuencias de la enfermedad del alma.

Esta enfermedad disfraza la realidad, no se presenta maléfica como es, sino sería muy fácil de erradicar. Ella alimenta el crecimiento del propio ego y el amor egoísta, por eso la víctima no siente el daño de su corazón, sino que la sufren los demás. La víctima está cegada por amoríos, entusiasmada por emociones ególatras, busca su propia felicidad, y va adormeciendo de a poco, en el caso de haber sido creyente, la convicción de la existencia de Dios. Y también pierde la motivación para hacer el esfuerzo por transformar el corazón para bien, no sólo de sí misma, sino también de los demás.

Muchas familias cristianas han sido envueltas por el amorío al trabajo, al dinero, a la felicidad del propio ego, a ser consentidos por los demás, y sólo se sienten satisfechos cuando hacen lo que quieren y de la manera que quieren. Y ese “seguir el sentir y el deseo”, sumado al “si te hace feliz”, reemplaza la Palabra de Dios que rige una ley para convivir y para sentir. Muchas familias cristianas viven un cristianismo de apariencia pues tienen como dios, a su propia persona.

Esto nos hace vulnerables ante esta enfermedad que se propaga en milésimos de segundos.

Recuperar el valor de la familia

Es la familia, el primer y más importante lugar donde cada uno va moldeando su corazón, no sólo los hijos, sino también el matrimonio. Cuando ese hogar está frío, sucio y desordenado, entonces los corazones también lo están. ¿Por qué llega el hogar a estar en estas condiciones? Porque muchas veces el matrimonio tiene una relación con Dios muy superficial o no la tienen, o uno de los dos cónyuges la tiene pero el otro no. Porque al no ser Dios el protagonista de sus vidas, el Amor no los alimenta, no reciben el calor suficiente para poder amar y todo se va enfriando.

Porque al no conocer el calor del amor de Dios no saben de lo que están escaseando y por lo tanto, no procuran buscar ese alimento.

Al enfriarse los corazones por falta de ese calor, comienza a revelarse lo que la persona posee su interior. De esta manera, las relaciones se tornan tensas; las palabras, hirientes; la falta de perdón hace que afloren enojos y resentimientos, entonces crecen las demandas entre los cónyuges y con los hijos.

“Del corazón provienen las malas intenciones, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las difamaciones. Estas son las cosas que hacen impuro al hombre, no el comer sin haberse lavado las manos.” Mateo 15,19-20

El clima pareciera que no se puede cambiar y los esfuerzos de algunos familiares no generan los cambios esperados. La psicología puede ayudar hasta cierto punto ya que actúa como pacificadora, pero no es sanadora ni salvadora.

Así sucede en la sociedad actual, los matrimonios se disuelven y eso ya es aceptado como una posibilidad corriente, a costa de que toda la familia sufra.

La respuesta es el Señor

Los que queremos un cambio positivo y verdadero, tenemos que encontrar una solución. La pregunta es ¿Cuál? La respuesta está en el Señor. El Señor es el Salvador ¿Es que está dormido? ¿Por qué pareciera que no nos salva?

Muchas veces las personas se confunden porque se acercan a Dios para que les de paz y transforme su problemática, y así ayudar a restituir la felicidad perdida en la familia. Pero deben prever que lo hacen con sus corazones llenos de sentimientos que Dios debe arrancar primero para sembrar su amor

en ese corazón. Eso requiere de mucho tiempo y ese tiempo no lo determina Dios, sino cada persona. Es el tiempo de recibir con docilidad las implicancias del amor de Dios, de aceptar el perdón en el corazón, de renunciar a sí mismos para vivir con serenidad las humillaciones, de aceptar la poda en el interior necesaria para que Dios remueva la tierra y la prepare para la siembra de la semilla Salvadora de su Palabra.

“Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado”.

Mateo 23, 12

“Y somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él”.

Romanos 8,17,

“Otras semillas cayeron en tierra buena y dieron fruto: unas cien, otras sesenta y otras treinta...! El que tenga oídos que oiga!

Mateo 13,8

Dios necesita tiempo con cada uno de la familia, con cada persona, cualquiera sea su edad y sexo debe conocer la cosecha de su corazón, comprometerse con su propio dolor y sincerarse consigo misma para saber qué debe desechar junto al Médico del corazón.

“El sembrador salió a sembrar su semilla. Al sembrar, una parte cayó sobre las piedras y, al brotar, se secó por falta de humedad. Otra parte cayó en tierra fértil, brotó y produjo fruto al ciento por uno. Y una vez que dijo esto exclamó: “El que tenga oídos para oír, que oiga”

Lucas 8, 5-9

¿Cómo darle un espacio al Médico del corazón si no lo veo, si no lo toco? No es un médico para el que se necesite turno en un consultorio, Él está siempre junto a su enfermo, por lo tanto, es la persona la que tiene que procurarle un tiempo al Señor, no sólo tiempo para disponer el espíritu, hay que también buscar varios momentos al día para trabajar sobre uno mismo con Jesús.

Hay que comenzar por enseñar qué necesita el Señor como medida primaria: silencio del mundo terrenal para que el espíritu escuche a Jesús. Si el espíritu está aturdido de la televisión, de relaciones sociales, de peleas, rencores, de sentimientos agrios, ¿Cómo va a escuchar al Señor? Entonces, no es que el Señor no pueda dar Su Paz a la familia, es ella la que no quiere pagar el precio de sentir Su Paz. ¿Cuál es ese precio? El mismo que tiene que pagar una persona cuando va al médico: seguir el tratamiento que le indique.

La persona que quiere la paz del Señor, debe comprender que si no tiene deseos de vivir según Sus requerimientos, Dios no podrá hacerla partícipe de Su paz.

¿Por qué es tan exigente Dios? Porque Dios nos pide vivir en este mundo, indiferentes a los desórdenes que sufrió la perfección de Su amor en este mundo, triunfo del rey del mal y del pecado.

“Y este es el juicio: que la luz vino a este mundo y los hombres amaron las tinieblas más que a la luz, porque sus obras eran malas” Juan 3,19.

Una persona puede recibir ayuda espiritual y percibir cambios en sus sentimientos, sólo si en ella vive el deseo de reflexionar en su interior sobre lo que es el bien y el mal, y actúa en consecuencia.

De lo contrario, si una persona actúa y piensa dominada por sus emociones e impulsos, su capacidad reflexiva está detenida por la fuerza de su humanidad mal orientada.

Dios quiere ser rey en el corazón del hogar, dentro de cada madre, de cada padre, de cada hijo del matrimonio. Dios quiere hacer en el corazón de cada uno de la familia Su hogar, Su reino.

“El mundo ha pasado a ser reino de nuestro Dios y de su Cristo. El reinará por los siglos de los siglos”. Apocalipsis 11-15

Una evangelización restauradora de la mano de María, nuestra Madre

Para que Dios pueda ser un alfarero del corazón, no sólo hay que instruir las mentes de conocimientos sobre la vida de Jesús y sus milagros, sino principalmente y por sobre todo, formar los corazones en el Espíritu de Jesús, apoyándose en la Palabra de Dios.

Para eso, cada uno debe entregarle su corazón a María, nuestra Madre, para que Ella obre en él, y lo haga dócil, como lo fue Ella, para que Dios pueda convertirse en el único alfarero en esta vida.

*“Acerquémonos, entonces, con un corazón sincero y llenos de fe,
purificados interiormente de toda mala conciencia
y con el cuerpo lavado por el agua pura.
Mantengamos firmemente la confesión de nuestra esperanza,
porque aquel que ha hecho la promesa es fiel”.*
Hebreos 10, 22-23

LA FAMILIA CRISTIANA Y CRISTO

“Que el Dios de la constancia y del consuelo les conceda tener los mismos sentimientos unos hacia otros, a ejemplo de Cristo Jesús, para que con un solo corazón y una sola voz, glorifiquen a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Romanos 15, 5-6

Ser cristiano significa seguir a Cristo. Seguir a Cristo significa aprender de Cristo. Aprender de ÉL, significa tratar de "ser" como ÉL, no como su "ser" divino, que excede a nuestra naturaleza, sino como su "ser" humano. No podemos "ser" como Cristo imitándolo externamente ya que no podemos tener sus hábitos y costumbres. Pues no sólo estamos condicionados por nuestra época, sino que también, no es ese su mensaje ni deseo. El corazón de Cristo abarca todas las épocas, trasciende las culturas y costumbres, alcanzando a todo ser humano.

Muchas familias cristianas fallamos en la transmisión de la fe a nuestros hijos, ya que olvidamos que primero, debemos sentir a Cristo en nuestro ser. Para transmitir a Cristo es condición previa y necesaria sentirlo en el corazón, darle vida incluso en nuestro pensamiento.

“Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús” Filipenses 2, 5.

También fallamos en transmitirlo, porque nos preocupamos más en las formas exteriores que en procurar sentirlo. Nos confundimos en creer que son las "palabras" las que hacen efecto en los corazones, mientras que es la experiencia de Cristo lo que abre el corazón a la Fe. Esta confusión persiste, ya que da más gratificaciones y orgullo mantener las formas ante sí mismos y los demás, que intentar el camino del corazón. Enfocarse en las formas exteriores de la Fe, a menudo genera cierta exposición social que puede complacer, traer satisfacción al ego, "vender" una imagen propia. A veces pareciera que sentimos que "Cristo" es un producto que "debemos" imponer en las conciencias de nuestros hijos para sentirnos que somos buenos

cristianos, y terminamos imponiendo con obligatoriedad, una comunicación entre ellos y Dios.

Así, se comienza a entrelazar con el Señor una comunicación calculada, medida y centrada en las necesidades de cada uno, un diálogo más desde la mente, que despierta un "conformismo", durmiendo al corazón.

La doctrina de Cristo

Al no sentir a Cristo, no podemos amarlo ni valorarlo de corazón, y por lo tanto, tampoco le damos la importancia que tiene su doctrina.

La doctrina de Cristo nos marca el camino de la Fe, pero sin amor a Cristo, sin sentir en nuestro corazón su amor, ese camino es un camino triste, sin sentido, sin luz.

Cristo nos anuncia que sólo a través del Amor de Dios, conoceremos el Reino de Dios, no a través de asistir reiteradas veces a celebraciones, que tantas veces se hacen para cumplir con Dios o para calmar la culpa de la conciencia, ni tampoco a través de la repetición de oraciones que sólo cansan el músculo de la lengua, aburren el corazón y agitan la imaginación. Las celebraciones tienen sentido cuando el camino está iluminado, cuando el corazón participa de lo que está ocurriendo, cuando sentimos en ellas el Amor de Dios, cuando alimentan el alma, aunque a veces podamos tener épocas de sequía interior. ¡A menudo los cristianos nos hemos vuelto autómatas! Asistimos pero no sabemos bien por qué y nuestra mente está alejada.

Cristo necesita de su Iglesia, de familias compuestas por creyentes fervorosos que amen a Dios, necesita encender en las familias la llama de la fe. La Iglesia necesita que las familias trabajen por la Paz de sus hogares y no que despierten a Dios cuando llegan las crisis, cuando todo está arruinado o en la caída final.

Para Cristo toda persona es nuestro prójimo, y es nuestra "familia", o sea que para Él, Iglesia somos todos, más allá de ser católicos o cristianos. Jesús quiere

acercarse a quien no lo conoce, a quien está en tinieblas, sin rostro político, religioso ni social; pues Cristo tiene un corazón que abarca a toda la humanidad creada por su Padre Dios, pues vino a salvar a todos, no sólo a los católicos y así quiere que pensemos y sintamos todos los que conformamos su Iglesia. Él no mide quién merece su muerte de Cruz, murió para salvar a todos, no sólo para los católicos.

Esto nos lleva a pensar, a cuestionarnos y a acusarnos también, porque muchas veces "acorralamos" a Cristo como si fuera una exclusividad para las familias católicas, y discriminamos en nuestro corazón a quienes no están en este camino.

Los católicos debemos examinar nuestra conciencia para decidir si somos de Cristo o si estamos delimitando a Quien no quiere ser delimitado, condicionando a Quien ama sin condiciones, y así, en lugar de ser fieles a Cristo, lo estamos deformando, muchas veces para poder recibir la aceptación en nuestra tarea de evangelización. Por eso, nuestro primer compromiso no es con la tarea pastoral sino con Cristo, debemos comenzar por ser cristianos, por conocerlo, por comprender cuánto ama, dándole un lugar más protagónico en nuestro corazón.

No podemos correr el riesgo de quedar "suspendidos" del corazón de Cristo, de quedar "excluidos" del cristianismo, de ser un movimiento que cree que sigue a un maestro y cuando lleguen los tiempos, darnos cuenta que "ese maestro" era sólo un muñeco fabricado por nosotros mismos, de plástico, de cera o de cemento, sin corazón y con una doctrina tan frágil que, ante cualquier caída, se rompe en mil pedazos.

Tenemos que despertar a la realidad que tenemos que seguir al maestro según Su camino y no construir el nuestro propio, con nuestras señalizaciones y leyes. Las familias tienen un Camino de Amor ya marcado. Las familias pueden y deben perdurar en el tiempo para el bien de la sociedad, cada uno de

nosotros formamos parte de la familia de Cristo y es por eso que, si queremos ser reconocidos como cristianos, tenemos que decidirnos.

Y en esa conversión sincera de corazón a Cristo como cristiano, está la esperanza para cambiar esta sociedad y el mundo.

*“Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa merecen?
¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludan solamente a sus hermanos,
¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen lo mismo los paganos?
Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo.
Mateo 5, 46-48*

LA EXPERIENCIA DE DIOS EN EL CORAZÓN

“Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios”.

Efesios 3, 17-19

Hoy en día se torna muy difícil transmitir el Amor de Dios, debido a los serios cuestionamientos que sufre el Evangelio. Pero nuestra realidad no es en nada diferente a la de los primeros cristianos, quienes han tenido la gran responsabilidad de transmitirlo pagando el costo en muchas ocasiones, con sus propias vidas. El mensaje que nos brinda Dios es una *Buena Nueva*, ya que es una experiencia personal de corazón, una vivencia interior y esa experiencia no se reemplaza o se adquiere con el sólo estudio del evangelio. Es una vivencia al alcance de quien abra su corazón al amor a Dios, que muchas veces resulta más dificultoso que estudiar libros y libros de la doctrina cristiana. Por eso a pesar del conocimiento que uno pueda o no tener, el mensaje se vive y se siente cuando abrimos nuestro corazón a la experiencia del amor de Dios.

Esta vivencia del Amor de Dios es intransferible y necesitamos despertar el ojo del alma para poder experimentarlo. Podemos

alentar, podemos *testimoniar*, pero lo que nunca podremos hacer, es dar, lo que sólo el Padre Creador puede dar a su criatura: la vivencia de un Dios vivo en su propio corazón.

Muchos lo conocen, lo sienten, pero aún así, hay cristianos que viven el cristianismo sin conectarse con la Buena Nueva. Esto último lo podemos comparar con tener en el cajón de la mesa de luz un billete ganador de lotería y no percatarse de ello; si bien nos pueden alentar a abrir ese cajón, nos pueden incentivar para/a que miremos el número del billete; la libertad de

abrir el cajón y descubrir con nuestros propios ojos ese billete ganador es de cada uno. Cristo vino para traernos el Amor de Dios, pero dentro del mismo cristianismo hay una gran indiferencia y acostumbamiento. Tenemos a nuestro alcance la salvación, pero tenemos el corazón cerrado a mirarlo, a comprender Su mensaje, a dejarlo entrar en nuestro corazón.

Tenemos la mente adormecida y aletargada por los virus de este mundo y no terminamos de reaccionar y comprender que necesitamos de la Palabra de Dios para que nos sane y nos reoriente. Esto lo podemos comparar a una computadora cuando se tilda por la presencia de un virus; pero con la diferencia que ni bien nos damos cuenta rápidamente de este inconveniente, acudimos al técnico para que la repare. Así como el técnico rescata los archivos del virus y los actualiza, nosotros necesitamos de la Palabra de Dios para rescatar nuestros “archivos” del virus y actualizar pensamientos y sentimientos. Pero no nos damos cuenta de que padecemos muchos sufrimientos a causa de no “actualizar” nuestro corazón; razón por la que no terminamos de cambiar, de convertirnos al Evangelio, de poder recibir a Cristo como el Señor de nuestra vida, aún siendo creyentes profesos.

Sabemos que estamos infectados por un terrible virus pues en nuestro interior habita el orgullo, resentimiento, ventajismo, desconfianza, reproches, odios y todo eso se trasluce muy especialmente, en nuestra relación con los demás. Todo eso y mucho más, representan un virus que urge erradicar.

La *Palabra de Dios* es ese “programa” que purifica la mente y el corazón. Y, al contrario del alto precio que no dudamos en pagar para reparar una computadora, no siempre estamos dispuestos a “pagar el precio” de hacerle un espacio a Dios en nuestro interior, a pesar de que Él no nos cobra ni un centavo por reparar nuestra historia, nuestras heridas, ni por reorientar nuestra vida hacia un equilibrio y armonía con nosotros mismos y con los demás. Somos nosotros los que no le dejamos participar de nuestra vida impidiéndole actuar como Padre que ama y que conoce a cada hijo en forma particular,

porque hacemos hincapié solamente en las renunciaciones, en el esfuerzo de dejar cosas que tal vez nos atraen, pero no nos convienen o no nos hacen realmente bien. El peso por nuestra falta de renunciaciones es mucho mayor aún, pues al no haber experimentado el fruto inefable e indescriptible de las gracias que hubiésemos recibido, no se ha podido liberar nuestro corazón a través de dichas renunciaciones.

¿A qué debemos renunciar? A lo viejo, a lo desconocido y sucio de nuestro interior. Con la Buena Nueva, Cristo viene a reemplazar los antiguos vestidos del pecado por los nuevos vestidos del Amor. Trae la luz, esperanza, mansedumbre, piedad, discernimiento, misericordia, para reemplazar el orgullo, la soberbia, la codicia, lo inmoral, la vanidad y todo lo malo que hay en nosotros.

No distorsionar la Palabra

Pero la realidad es que es muy dificultoso “congeniar” el mensaje de Cristo en las mentes de los jóvenes, quienes han asimilado otra manera de amar, más liberal, menos comprometida con el prójimo y con Dios, en donde las manifestaciones físicas prevalecen. Ellos no encuentran una razón para modificar su manera de pensar. El hecho de no tener experiencia del Amor de Dios en el corazón, dificulta a muchos entregarse a Él, pero esta problemática no es actual, sino que existe desde que Dios ha comenzado a comunicarse con nosotros a través de sus profetas.

Pero no hay que desanimarse, pues a través de los tiempos y superando el pecado del mundo, Dios está haciendo camino, y por él están recorriendo muchas almas. Tenemos que marchar unidos y para eso no es preciso conocernos, ya que el capitán de todos los navíos es Dios, por eso lo importante es no desviar la ruta, no alterar los mapas que nos orientan, no tergiversar los principios de la Fe, no desfigurar el rostro de Cristo para que

guste más, para que sea aceptado, para que tenga una mejor acogida. Tenemos que aclarar permanentemente nuestra mirada para dirigirnos todos hacia el mismo horizonte, hacia un mismo puerto.

El amor entre el hombre y la mujer

Para poder reconocer el horizonte donde nos espera el Señor, tenemos que tener muy claro lo que pertenece al Amor de Dios y lo que corresponde al amor mundano.

El Amor de Dios es el Amor Verdadero que perdura en el paso del tiempo, sin envejecer, al contrario, a pesar de la edad, sigue dando frutos en el corazón. Y enseña a los hombres a mirar la realidad a través de los ojos del corazón, un lugar que al mundo le cuesta comprender, pues en donde hay Cruz, Dios ve redención, no fracaso; en donde se procura la vida eterna, no la felicidad momentánea.

El amor mundano contempla las necesidades del cuerpo y del espíritu, educa las pasiones y justifica todo con tal de tener aceptación. Evoca la sonrisa e intenta secar las lágrimas, sin contemplar que es a través de ellas que conoceremos el verdadero sentido a nuestra vida.

El Amor de Dios enaltece el espíritu del ser humano por sobre sí mismo y lo purifica haciéndose experiencia en su corazón. Cuando ese amor es el protagonista de los corazones del hombre y de la mujer, que se atraen y se enamoran, ellos perciben los frutos cuando se tratan con respeto, perdón, paciencia, comprensión, tolerancia, permitiendo que el amor crezca y madure en sus corazones. Esta maduración lleva su tiempo y ese tiempo comienza en la primera etapa de conocimiento del hombre y la mujer, que es el noviazgo.

El noviazgo es un tiempo para conocerse y poder sentir si realmente ese amor que se está gestando, los lleva a la felicidad mutua, que reside en que el Amor Verdadero madure en cada uno, haciéndoles crecer no sólo en la relación, sino

también como personas; no reside en divertirse juntos, en compartir intereses ni bienes materiales, sino en los bienes del alma.

El tiempo de noviazgo es para darle ese tiempo especialmente a los corazones, que tienen su propio proceso: en un primer momento se parece al tiempo de las vacaciones pues queremos sol, buen tiempo y estar bien para tener fuerzas al comenzar la jornada de rutina.

Luego hay que construir juntos una fortaleza de amor en los corazones y comprobar si hay frutos. De a poco, en el actuar de ambos, en el pensar de ambos y en el diálogo, deberá aparecer la paciencia de uno hacia el otro, la tolerancia en situaciones cotidianas, la comprensión para acompañar a la otra persona en sus defectos, la capacidad de perdón cuando las miserias de la otra persona hieren el corazón y especialmente, la capacidad de amarse mutuamente más allá de la apariencia física, más allá de los bienes materiales, más allá de lo que una relación entre dos personas puede beneficiar a una de las dos partes o a ambas, sin dejar que las expectativas no satisfechas nublen el corazón.

El noviazgo es el momento de velar para que crezcan los frutos del Amor Verdadero. Esos frutos no se deterioran con el paso del tiempo, no pierden su eficacia con el matrimonio, sino más bien, Dios a través del sacramento les da vigor y fortalece.

Cada día de la vida conyugal, hay que esforzarse por permanecer en el Amor Verdadero y no permitir que se contamine. Y si sucediese, ya que en el matrimonio hay pequeñas grandes crisis, éstas pueden ser contempladas desde una mirada constructiva y no como la justificación para la destrucción del mismo.

La verdadera necesidad de los seres humanos es amarse y especialmente, permanecer en el amor. Eso es lo que los cónyuges se prometen mutuamente: amarse y permanecer en ese amor. Esto significa prometer ser pacientes y permanecer siéndolo; prometer ser tolerantes y permanecer siéndolo; si esa

promesa se hizo hace muchos años, sigue igual de vigente, por lo tanto, tiene peso cuando el matrimonio va acumulando historia y cuesta más la convivencia y la comprensión. Pero la promesa exige que ambos la mantengan viva, haciendo esfuerzos y renunciando para ser comprensivos y valorar el matrimonio como un principio por sobre sí mismos.

Pero el ser humano es muy fluctuante tanto en sus ideas como en su actuar, y por eso le cuesta tanto permanecer en su intención de amar, pues modifica sus prioridades e intereses, permitiendo a sus propias ambiciones tomar el timón de su vida.

Lamentablemente en la historia del hombre se ha desvirtuado la imagen del Amor Verdadero y ha cobrado lugar una “imagen de amor” que no refleja el Amor de Dios, pero que al hombre le es más conveniente.

La sociedad nos confunde y comenzamos a considerar por bueno o “no tan malo” cosas que no nos conducen por el camino de la santa y siempre sabia Voluntad de Dios, la cual es considerada anticuada.

Una de la problemática más triste que existe en este momento, es el lugar protagónico que han tomado las relaciones sexuales en la relación del hombre y la mujer, que ya no podemos decir que sean extramatrimoniales, puesto que no hay intención de comprometerse al matrimonio y suceden, cuando ni siquiera hay un proyecto en común, conformándose con una mera atracción mutua o satisfacción placentera, sin siquiera importar lo efímero que aquello pueda resultar.

Comenzar manteniendo relaciones sexuales durante el noviazgo, es igual que alimentar a un bebé recién nacido con carne; indiscutiblemente le caería mal, pero siendo lo único que conoce ¿podría pedir otra cosa? ¿Podría desear otra cosa? Si luego le ofrecemos la leche materna, la rechazaría con seguridad pues no lo llenaría, le resultaría insulsa. Eso les sucede hoy a los jóvenes. La invasión sexual es tan grande a través de los medios de comunicación que están empachados, aturcidos, y no pueden escuchar las necesidades de su

corazón, que clama respeto, prudencia, pureza, un amor comprometido. Y ese corazón no es escuchado pues el ruido exterior es más fuerte. Es como intentar mantener una conversación al lado de un grabador sonando música muy fuerte: no se escucha bien y se entorpece la comunicación. Mantener relaciones sexuales durante el noviazgo, es como estar escuchando esa música fuerte que no deja sentir la brisa del corazón, que reclama compromiso y solidez.

La imagen desvirtuada del amor muestra a las relaciones sexuales como una “necesidad” imperiosa, como una “muestra” de amor, para “madurar” una relación, para “salvarla” y “fortalecerla”. La satisfacción de esa necesidad se impone con urgencia, como si fuera una necesidad primaria del ser humano, necesaria para sobrevivir.

Desde la mirada del Amor Verdadero la unión física es bendecida cuando es fruto de una entrega de corazón y de vida, dentro del sacramento matrimonial.

Exige un compromiso de amarse y buscar la felicidad del otro, poniendo el Amor por sobre toda realidad que les toque vivir, con todo lo que esto cueste cumplirlo, ya que tantas veces las buenas intenciones no bastan, pues al contar no sólo con cualidades y virtudes, sino también con defectos y miserias, permanecer fieles a este compromiso es una tarea difícil.

Necesitamos de matrimonios cristianos comprometidos que den testimonio de que es posible vivir este amor y que vale la pena, a pesar de las tormentas y dificultades de la travesía.

Aunque hoy en día, el amor verdadero sea menos conocido y tenga “menos marketing” que el amor mundano, tenemos que seguir alentándonos a perseverar en él, pues siempre seguirá siendo el camino hacia la verdadera felicidad.

Es por eso, que permitir el proceso de maduración del Amor Verdadero en cada uno de nosotros, es lo más sabio y lo mejor para que cada matrimonio

dure toda la vida y se fortalezca para poder afrontar las tormentas que inevitablemente la vida le ofrecerá.

Es por ese motivo, que como cristianos, debemos definir claramente nuestra actitud, ya que en ocasiones, somos nosotros mismos los que nos prestamos a confusiones.

Es necesario fortalecernos espiritualmente para no sucumbir en esta ardua tarea de evangelización, pero especialmente, para procurar que no haya divisiones entre los que queremos caminar hacia el mismo objetivo.

*“Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes,
el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales,
por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes”.*

Romanos 8, 11

RECUPEREMOS EL SENTIDO DE LA IGLESIA

“Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un sólo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”
Lucas 15, 7

Érase una vez, una conversación con el Señor:

“¿Quién eres, Señor?, que no sé adónde llevarte... ¿Quién eres, Señor?, que no te comprendo... ¿Quién eres, Señor?, que no te conformas con éste... mi amor, y me pides más y más. Cuéntame, Señor... ¿Qué quieres de mí?”

“Tú me llevas por lugares bonitos y me decoras con lindas flores... Te agradezco hija, tus rezos, tus alabanzas. Tú me llevas a personas que quieren escucharme... Pero, hija... vine a curar... vine a curar la miseria y el pecado... quiero que seas valiente y me lleves allí, adonde abunda la miseria y el dolor... adonde el pecado ha dejado el alma arrebatada de su alegría y de su deseo de Dios...

Vine a curar y a remendar los corazones que el pecado ha dejado tan heridos... que ya no pueden ni siquiera sentir...

Vine a sanar las heridas que el pecado del cuerpo, ha dejado grabado en el interior, y que gritan de impotencia y desesperación...

Mi amada Iglesia sé valiente... eres mis manos... ábrelas... hija ten coraje... eres mis pies... camina... extraño a mis dulces ovejas perdidas... extraño a mis extraviadas ovejas lastimadas.

Amo cada rostro, cada corazón, cada alma que no me conoce... que no experimenta... el sabor dulce de la Redención... Amo... y amo más cuanto más sucia se encuentre mi oveja y derramo sobre ella, mayor cantidad del agua de la misericordia de mi corazón... Limpio cada una de sus heridas y las fortalezco... Pero necesito que abras tus horizontes... Que te animes a buscarme tú en ellas...

Que te animes a llevar tus manos, tu sonrisa, tu calidez a: Mis amados hijos enfermos... Mis amadas prostitutas... Mis amados homosexuales... Mis amados drogadictos... Mis amados alcohólicos... Mis amados presos...

Quiero que así como me amas... los ames a ellos... Y así... me encontrarás en ellos... Quiero que así como me buscas... los busques a ellos... ¿No son los que más me necesitan... los más enfermos? Adonde más abunda la miseria y el pecado allá es... donde deseo hacerme más presente...”.

A veces pareciera que nosotros, Su Iglesia, no terminamos de tomar conciencia de cuál es la actitud que Cristo nos pide, ante la existencia del bien y del mal.

Como cristianos, estamos deseosos de vivir plenamente la Paz y el Amor del Reino de Dios en este mundo; y es comprensible, pero Cristo nos advierte que eso, no es posible.

Tener la esperanza de experimentar en este mundo Su amor y Su justicia, como si ya estuviésemos en su Reino, hace que en ocasiones, bajemos los brazos y no juntemos fuerzas para perseverar en Su Palabra. Tener ese deseo, nos aleja de los demás y de nosotros mismos.

Cuando por nuestra naturaleza quebrantada por el pecado aceptamos que somos defectuosos, llenos de miserias, de errores, de equivocaciones y que tantas veces hacemos sufrir a los demás; podemos comprender por qué necesitamos tanto de los sentimientos de Jesús, de Sus pensamientos y de todas Sus enseñanzas.

Cuando hemos sentido en nosotros mismos la misericordia de Dios, a pesar de todo lo que llevamos dentro, podemos nosotros también comprender y tener misericordia con los demás.

Debemos tener mucho cuidado de que no se encarne en nosotros una “sutil tentación” disfrazada de justicieros y moralistas; imponiendo la Ley de Dios.

Cuando nos sucede eso, preguntémonos, ¿Comprendemos a nuestro Cristo? Cristo no vino a instaurar una paz superficial, vino a traer Su Paz.

En nuestra labor pastoral muchas veces hemos encontrado cierta paz, elegimos lo que nos viene bien, lo hacemos convencidos y con ánimo pero, ¿Qué nos pide nuestro Cristo? ¿Nos acercamos a aquellas personas a las que seguramente Él se acercaría?

¿Somos realmente Sus manos, Sus instrumentos, para llevar la Palabra donde Él la llevaría? ¿Adónde la llevaría? Adonde el pecado es tan evidente, que la sociedad ni lo rechaza, adonde la miseria ya no distingue el bien del mal, adonde la impureza de cuerpo y de espíritu no deja viva la dignidad humana. Cristo es médico del alma y el pecado es lo que enferma el alma. Cristo ama el alma, más allá de lo que hacemos, de los que nosotros digamos o sintamos. Cristo necesita más aún del alma enferma y así debemos nosotros amar, más allá de las apariencias, del rostro, de nuestro propio dolor, tal como lo hace Cristo.

Es por eso, que tenemos que recordar siempre que al transmitir la Palabra de Dios, no debemos ponernos a nosotros mismos de ejemplo ni debemos poner a otras personas “de modelo”, que es distinto a dar a conocer la historia de personas cuyas vidas dan testimonio de que sí se puede vivir el Amor de Dios, aún en situaciones límites, de tensión, de dolor, de extrema injusticia.

Seamos fieles a Cristo, dignos de Cristo, amando como Cristo y hablando menos de nosotros mismos, escondiendo nuestras buenas obras, mostrando menos de nosotros mismos para que sea Su Espíritu el que brille; no sólo en lo exterior, no sólo en canciones, no sólo en carteles, no sólo en medallas, sino en conversiones de vida, desde el corazón. Eso es lo que quiere Cristo, que sus ovejas se acerquen al redil de Su corazón.

Si sólo nos concentramos en el corazón de Cristo Jesús, entonces de a poco sentiremos cómo Su Luz nos marca el camino en la sombra de “nuestro yo”.

“Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”.

Lucas 15, 7

SOMOS IGLESIA... ¿“SOMOS” IGLESIA?

*“Cuidaos vosotros y a todo el rebaño a cuya cabeza os ha colocado el Espíritu Santo como guardianes para apacentar la iglesia del Señor que Él adquirió con Su sangre”.
Hechos 20,28*

La iglesia es el hogar del corazón de Cristo. La iglesia no se reduce a un espacio físico, donde estamos tan acostumbrados a asistir. La iglesia es en primer lugar, el corazón de cada uno de nosotros, lugar en el que Cristo quiere morar, permanecer, edificar Su Palabra, primeramente en el interior de cada uno, para luego expandirse hacia los demás.

La Iglesia de Cristo, nuestro Señor Jesucristo, somos todos: los creyentes y los no creyentes, los católicos y los no católicos, los cristianos y los que no lo son; pues todos habitamos en el corazón de Cristo.

Cristo ha redimido al creyente y al que no lo es, y ha decidido entregarse por cada uno de los nacidos. Él se ofreció por cada hijo de Dios. No lo mataron algunos en un momento determinado de la historia; nadie puede matar a quien se ofrece voluntariamente a morir. No hay rostros para Cristo, no hay “historia”; sólo hay almas que salvar, que perdonar, que enseñar.

Cristo permaneció siempre fiel a la Voluntad de Su Padre, a pesar de que esa fidelidad fue dolorosa para Él. Dicha Voluntad es, o debería serlo para nosotros, Su Palabra, expresada en los mandamientos. Pero no siempre comprendemos el significado profundo de esa Palabra. Mientras nos viene bien, vivimos conforme a ella, pero cuando aparece una situación que nos coloca en una situación embarazosa, no siempre estamos dispuestos a sufrir las consecuencias de mantenernos fieles a ella.

Los bautizados tenemos la sublime responsabilidad, de ser trasmisores junto a Cristo, del Amor dentro de su Iglesia y por ello, debemos cuidar nuestro

actuar, pues somos la ventana por la que otros pueden conocer a Dios. Y si las ventanas están cerradas, maltratadas, sucias, no atraeremos a otros. Es por eso que debemos tener conciencia de que cada uno cumple su función dentro de la Iglesia. Hay personas que tienen un compromiso de entrega absoluta a Cristo, como lo son sus sacerdotes y que deben velar por los intereses de Dios. Hay otras personas, como los laicos, que deben vivir la Palabra, dentro de un mundo lleno de tentaciones y dificultades. Y hay una Ley que es absoluta y veraz.

Los sacerdotes tienen el poder conferido por Dios, de perdonar los pecados de aquellos fieles que, arrepentidos, se acercan con intención de cambiar. Pero los laicos no siempre los ayudamos en su tarea. Muchas veces, somos los laicos los que los presionamos exigiéndoles una contención, un perdón, que ellos no nos pueden dar, y esto ocurre cuando pretendemos llevar una vida que no está encuadrada dentro de la Ley de Dios. No terminamos de comprender realmente nuestro rol dentro de la Iglesia; no comprendemos que los sacerdotes, no deciden la Ley, sino que perdonan a los que están arrepentidos por sus acciones. Esa ley no la deciden los sacerdotes ni la podemos modificar los laicos a nuestra conveniencia.

La Ley de Dios es una ley de orden natural y sobrenatural que, cumpliéndola, no sólo impone un orden exterior, sino también y por sobre todo, un orden interior, en los afectos y en las prioridades. Es una Ley que desata y libera. La ley de Dios no rechaza, no impone y no es obtusa. La ley de Dios desea ser elegida en pleno uso de las facultades humanas. Así como Cristo ha elegido ser fiel a Dios, desea que cada uno de nosotros optemos libremente por esa ley de Amor.

Una opción es una elección. Optar por ser cristianos es una elección de vida, una elección de Amor. La ley es un límite de Amor que marca la frontera de nuestro actuar. Es un “sí” claro y un “no” más claro aún. Elegir ser cristianos

sin aceptar los mandamientos, es como elegir salir a pasear un día de tormenta pensando que no nos vamos a mojar.

Pretender, insistir o forzar a los sacerdotes del Señor, sin tener intención de cambiar, a que nos eximan, nos “perdonen” algún punto de la Ley, es una gran falta de caridad; ya que los estamos tentando a ocupar un espacio que Dios no les ha conferido. Cristo no les dio el poder de Dios, sino que les otorga un poder para perdonar, a los que están arrepentidos de haber cometido faltas contra los mandamientos de Dios.

Manipular el Amor de Dios, con Su firmeza y Su misericordia, para continuar en pecado o para justificar una acción contraria a la Ley, se parece a una persona que en un desierto, cree que es real un oasis, y cuando llega no encuentra nada... pues sólo era el fruto de las necesidades del momento.

Tenemos que animarnos a ser Iglesia creyente, verdadera y de auténticas convicciones.

Cuidémonos entre nosotros, custodiando la Palabra y velando cada uno su parte para no dañarnos unos a otros.

Tenemos que ser fuertes y convincentes para poder renunciar a las ansias de continuar con ciertas formas de vida, a las propias necesidades de continuar con ciertos vicios y pensamientos mundanos.

Tenemos que tener convicción para convertir nuestra mente y corazón a la Palabra, de un modo sincero, honesto y piadoso; así Cristo se verá reflejado en Su Iglesia y, junto a Él, seamos instrumentos para salvar almas y edificar Su Amor en el mundo.

¿O desprecias la riqueza de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, sin reconocer que esa bondad te debe llevar a la conversión?”

Romanos 2, 4

CRISTO ES EL MAESTRO DE NUESTRA IGLESIA

*“Porque quiso para sí una iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga
y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada”.*

Efesios 5, 27

La iglesia y el dolor

Cristo es el Maestro de nuestra barca, que es la Iglesia y vela por Su Palabra; Palabra de otro mundo que viene a establecer un orden interior en los afectos y en las prioridades; hoy en día tan tergiversadas entre los mismos creyentes.

Los sacerdotes de Su Iglesia son los que tienen los faros, es decir, las señales que indican cuál es el camino de esa Palabra. Estas deben ser especialmente iluminadas e intensificadas en los momentos de tinieblas y oscuridad, justamente cuando su Iglesia más lo necesite.

Ellos deben tener coraje para sostener esos faros, pues como hay tinieblas, muchas veces los perdemos de vista y decidimos seguir otros faros que nos resultan más agradables, y se acomodan mejor a las necesidades de un momento social o a reclamos afectivos.

En ocasiones los laicos no ayudamos a los sacerdotes a sostener esos faros, pues exigimos otros que nos convengan más o nos resulte más fácil aceptarlos.

Hay veces, que frente a una situación confusa y hasta conflictiva que nos genera mucho dolor, acudimos al sacerdote; no para encontrar respuestas en la Palabra, sino para escuchar de él lo que buscamos escuchar, lo que nos consuela y contiene.

Pero no reparamos que muchísimas situaciones dolorosas tienen su origen en la falta de amor, en la falta a los mandamientos, en no haber seguido desde un

principio los faros puestos por Jesús en el Evangelio. La falta de la Palabra de Dios genera situaciones dolorosas que luego no tienen cómo arreglarse, pues ya hemos tomado decisiones que nos están condicionando.

Y cuando el sacerdote nos indica la “medicina”, no la queremos aceptar, pues no es de nuestro agrado y pretendemos que nos diga algo que nos gratifique.

Muchas veces los cristianos nos encontramos en situaciones paralizantes, que sólo el perdón nos retorna al camino del Señor. Y esa es la contención que nos da Cristo en el Evangelio. Eso significa poner la otra mejilla, pero no queremos esa respuesta, queremos otro tipo de justicia y reconocimiento. Y eso nos aleja de la gracia de Dios.

Muchas veces confundimos el rol del sacerdote y buscamos en él, lo que deberíamos encontrar en otras personas o profesionales: una ayuda psicológica. Y así, son atosigados por nuestros problemas cotidianos, afectivos y vinculares. Ellos están para ayudarnos a crecer en las distintas situaciones que tengamos que atravesar, pero no para convertirlos en nuestro cable a tierra.

Ellos están para escuchar nuestros pecados, nuestras turbaciones, para que nos orienten la entrega a Cristo, quien, con Su Sangre, limpia nuestra alma. Ellos son corredores de Cristo, no psicólogos, ni asistentes sociales. No deberían cargar sobre sus espaldas con el problema social de un lugar, sino con algo mucho más delicado y que genera mayor dolor espiritual: la purificación de las almas.

Muchas veces los laicos les exigimos mucho más de lo que humanamente pueden dar: que sean nuestros jueces. Y nuestro único juez es el Señor.

No podemos transferirles nuestra cruz, aspirando una comprensión y justificación que la misma Palabra no otorga, pretendiendo que nos eximan de algún mandamiento, cuando la realidad es que no les compete juzgar sino sólo dar a conocer y anunciar la Palabra. Ellos ya tienen una cruz, la cruz del Señor. Nos pueden acompañar, sostener, ser nuestro cirreos, pero no absolver

cuando queremos claramente que nuestras acciones sean justificadas, cuando no lo son por el mismo Dios.

Tenemos que aprender a llevar nuestra propia cruz, asumiendo en la sociedad nuestras tareas, que en este momento, muchos de nuestros ungidos han tomado para sí. Si nos ponemos un poquito en sus zapatos, podremos darnos cuenta que cuanto más aceptemos la Palabra, cuanto menos la cuestionemos y pretendamos de ellos que la acomoden según nuestra satisfacción personal, vamos a vivir menos confusiones; si asumimos nuestro dolor y no buscamos ser consolados, sino que vivimos nuestra vida como un camino de purificación espiritual y de crecimiento personal, vamos a comprender que los sacerdotes están para perdonar los pecados en el nombre de Dios, dar los sacramentos y levantar los faros.

Intentemos no caer en la tentación de crear nuestra propia filosofía, de establecer nuestra propia espiritualidad y de instituir nuestros propios faros.

La Palabra fue dicha para todos los tiempos y lugares, los faros ya han sido determinados, ni por los sacerdotes ni por los laicos, sino por el mismo Cristo nuestro Rey, Amo y Señor.

“Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil para enseñar y para argüir, para corregir y para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer siempre el bien”.

2 Timoteo 3, 16-17

LA RESPONSABILIDAD DE LOS AGENTES EVANGELIZADORES

“Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar la Buena Noticia, y esto sin recurrir a la elocuencia humana, para que la cruz de Cristo no pierda eficacia”.
1 Corintios, 17

Cuando Dios nos toca el corazón, lo sentimos saltar de alegría, de gozo, de agradecimiento... A lo mejor nos sentimos sanados, con paz interior, que algo ha cambiado en nuestro interior, que nos ha transformado nuestros valores, y tal vez, sentimos por primera vez, amor en nuestro corazón; la sensación de sentirnos amados tal como somos a pesar de lo que fuimos y a costa de lo que hacemos y de lo que hemos hecho.

El haber experimentado a ese Dios que es Padre, que nos mira con dulzura, que nos acompaña permanentemente en nuestro andar, que incondicionalmente nos abre sus brazos, que es Creador de la naturaleza, de nuestra propia persona, de nuestros seres queridos, genera en nosotros un sentimiento noble, genuino y vivo de devolverle en obras, lo que hemos recibido.

Entonces, es cuando se enciende la llama de querer llevarle a los demás un pedacito de Dios, un pedacito de lo que Dios nos ha dado, un pedacito de la sanación recibida, un pedacito de ese sol que ha iluminado nuestra angustia; de prestarle a otros ese bastón que nos ha dado apoyo, que nos ha acompañando tanto en el camino y que nos ha devuelto la paz interior.

Esa llama nos quema y queremos que siga encendida, que no se apague; queremos devolverle a Dios, agradecidos, lo que Él nos ha dado y una manera de hacerlo, es ser agentes evangelizadores de Su Iglesia.

Por tal motivo participamos de actividades pastorales como talleres, encuentros, retiros, charlas, libros, grupos de oración, etc. Así es que sentimos

saciadas esas ansias de responder a la llama de Dios, transmitiendo a los demás lo que hemos recibido. Es una intención leal y fiel a nuestro Padre Creador.

Pero el ser agentes de evangelización, no es una función fácil ni superficial, ya que no somos instrumentos de evangelización de nuestras propias experiencias con Dios, sino de Su Palabra.

Todos los sentimientos y transformaciones que hemos vivido, son la manera con la que Dios nos mostró Su Amor, situaciones donde conocimos Su Gracia y experimentamos las transformaciones en nuestro interior. Y podemos valernos de ellos como testimonios de la presencia real de Dios para despertar otros corazones, para que otros puedan vivir a través de nuestros sentimientos, un pedacito de ese mismo sol que un día nos iluminó.

Pero siempre debemos recordar que no evangelizamos con nuestra persona, sino con la Palabra de Dios. Esta Palabra es clara, pura y firme como el tronco de un gran árbol, que soporta tormentas y sacudidas de fuertes vientos. Da fruto de amor, un fruto sano, dulce, que alimenta siempre, que no pierde su valor nutritivo, y no se puede estropear por el paso del tiempo.

Como agentes evangelizadores, tenemos la responsabilidad ante Dios y ante los demás, de comprometernos con la Palabra. Y ese compromiso con la Palabra, es la manera de decirle a Dios *“te amo”, “respondo a las Gracias recibidas, aceptando Tu Palabra en mis pensamientos y sentimientos, y te lo demuestro actuando conforme a ello”*.

Para ser agentes evangelizadores, primero debemos madurar la Palabra en nuestro interior; entonces transmitiremos el fruto de la Palabra.

El compromiso con la Palabra es real y verdadero si nuestra vida y nuestro actuar, es un espejo de la Voluntad de Dios.

¿Cuál es la Voluntad de Dios?

Que vivamos y actuemos según los mandamientos.

La Palabra es herida en su claridad, en su pureza, en su firmeza, cuando como agentes evangelizadores, no vivimos los mandamientos.

Esa llama que se enciende en nuestro corazón, quiere primero evangelizarnos a nosotros. Es por eso que como evangelizadores, debemos examinarnos y cuestionarnos si aceptamos el compromiso de vivir nuestra Fe, si queremos que ésta se transmita en nuestro actuar, si queremos, en definitiva, ser agentes de la Palabra.

Somos un SOLO Cuerpo, y todo el Cuerpo debe estar limpio.

Cada uno de nosotros tiene responsabilidad sobre la salud espiritual de ese Cuerpo. Es por eso que debemos ser concientes de la importancia de cumplir los mandamientos del Señor y de vivir conforme a Su Amor.

*“No es que haya otro evangelio, sino que hay gente que los está perturbando y quiere alterar el Evangelio de Cristo. Pero si nosotros mismos o un ángel del cielo les anuncia un evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡qué sea expulsado!
Ya se lo dijimos antes, y ahora les vuelvo a repetir: el que les predique un evangelio distinto del que ustedes han recibido, ¡qué sea expulsado!”.*

Gálatas 1, 7-9

EVANGELICEMOS A CRISTO SIN CAMBIAR A CRISTO

“Vivan en Cristo Jesús, el Señor, tal como ustedes lo han recibido, arraigados y edificados en él, apoyándose en la fe que les fue enseñada y dando gracias constantemente.

No se dejen esclavizar por nadie con la vacuidad de una engañosa filosofía, inspirada en tradiciones puramente humanas y en los elementos del mundo, y no en Cristo”.

Colosenses 2, 6-8

En estos tiempos en que estamos tan expuestos a una sociedad llena de corrupción y de confusión de valores, nos sentimos amenazados e inseguros. Pareciera que los valores que nos han enseñado y en los que queremos educar a nuestros hijos, se esfuman como se esfuma el rocío con el sol de la mañana. Pareciera que no tienen la suficiente fuerza, cuando se trata de defenderlos y vivir según ellos.

Los mismos cristianos desvalorizamos el lugar que ocupan los valores y principios del Evangelio, y cambiamos nuestros criterios cuando creemos que nuestra “felicidad” se ve amenazada por ellos.

Es entonces cuando nos acomodamos a otros principios, que no gozan de nobleza a nuestros patrones de acción. Es entonces cuando probamos otros principios, que no garantizan un orden y una moral, sino sólo nuestra propia felicidad. Es entonces cuando otras personas son heridas por nuestras decisiones, basadas en un derecho de libertad y búsqueda de felicidad; cuando los mismos cristianos nos confundimos. Entonces, ¿esas personas también merecen la misericordia, y gozan del mismo “premio” que aquella que se sacrificó por llevar adelante una vida limpia y clara, vivida según la moral cristiana? La misericordia de Dios no repara en el pecado a la hora de perdonar, pero eso no implica que a la hora de juzgarnos, de mirarnos hacia adentro, de mostrarnos quiénes somos realmente, veamos la realidad tal como la ve Dios. Y Dios no sólo ve nuestra capacidad de arrepentirnos y nuestro

verdadero dolor por las faltas cometidas, sino que también ve, lo que hemos hecho para reparar y cambiar a partir de esa actitud interior.

Podemos vivir según criterios egoístas y avaros toda una vida, creyéndonos amparados en la misericordia y comprensión de un Dios “bueno”, pero eso sería una excusa para vivir una vida de egocentrismo y hasta de inmoralidad, acallando nuestra propia conciencia.

Eso no ayuda a expandir la Palabra de Dios, sí ayuda a propagar una palabra fabricada a la medida de nuestra conveniencia. ¿No es más fácil mostrarnos “comprensivos” a la hora de evangelizar, que enseñar la firmeza de los principios del Evangelio? ¿Por qué nos sucede esto? Muchas veces porque no hemos podido congeniar en nuestros propios actos, esa dualidad tan difícil de asimilar: la misericordia del Amor de Dios y la firmeza de Su Ley. Nos cuesta comprender cuándo se “aplica” una y cuándo la otra. ¿Cómo vivir bajo la Ley Divina en un mundo que está atestado de corrupción de conciencia?, ¿Cómo no mostrarnos excesivamente comprensivos y misericordiosos con personas que la han transgredido y que no queremos perderlas por que las amamos? ¿Y cuándo esa comprensión y misericordia la aplicamos hacia nosotros mismos? ¿Cómo no caer en la tentación de confundir el orden de la Ley de Dios con rigidez de pensamiento y autoritarismo? El amor de Dios hace libres a las personas, les devuelve la dignidad que las propias miserias les han quitado. Pero los mismos cristianos mezclamos ese concepto con libertinaje y una felicidad egoísta, siendo los responsables de transmitir la Buena Nueva a todos los pueblos, los que debemos ser testigos del Espíritu de Verdad y los que debemos incitar a una conversión de mente y corazón!

La misericordia de Dios es bálsamo para el alma del pecador arrepentido, no una excusa para pecar, o aceptar el pecado o apoyar a otros en sus decisiones contra los mandamientos, justificándonos en un afecto mal entendido.

Puede no gustarnos transmitir la firmeza de la Ley porque no fue la que cautivó nuestro corazón sino el amor de Dios, o no nos gusta trasmitirla

porque no queremos ser juzgados como “cerrados” en una sociedad que aplaude al libertino; pero si asumimos el compromiso con Cristo, estamos asumiendo Sus pensamientos, Su doctrina, Sus principios y no es correcto acomodar a Cristo a nuestro gusto, porque estaríamos engañándonos; y un buen día le diremos: -“¡¡Señor, te he proclamado por pueblos y pueblos!! ¡¡te he servido con amor... y mira la cantidad de personas que he acercado a la conversión!! ¡¡mira cuántos seguidores tuve!!” - y el Señor nos dirá: “No, hijo... sólo has vendido lo que tú apreciabas y lo que a ti te venía bien para recibir adulaciones y reconocimientos... no me has dado a conocer”.

Seamos concientes que no es el pecado lo que estropea una prédica sobre Dios, no es la debilidad del hombre lo que fracasa en la evangelización, sino cómo amoldamos los principios y valores del Evangelio, a lo que los demás quieren escuchar, cómo olvidamos que ser cristianos, requiere de un testimonio de vida, de una vida basada en la verdad de Cristo y no en las apariencias que vendemos a los demás.

No son los errores y actos corruptos de algunos sacerdotes los que solamente dañan a la Iglesia, también la daña el comportamiento insensato e inmoral de los laicos que asistimos a ella, llenando nuestra boca de canciones de alabanzas, cuando después nos mofamos del propio Cristo, actuando de manera que agravia Su Nombre, dándole la prioridad a otros aspectos de nuestra vida: económicos, profesionales, afectivos, y no a lo más trascendental de nosotros mismos: ser hijos de Dios y haber conocido el nombre de Cristo, nuestro Redentor.

“Nosotros, en cambio, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu”.

2 Corintios, 3, 18

SER COHERENTES CON NUESTRA FE

“No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto”.

Romanos 12, 2

Es evidente la discrepancia que hoy en día, mostramos los católicos a través de nuestras actitudes, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos con respecto a nuestra Fe. No se trata de intentar no sentir ni pensar en contra del Mandamiento del Señor, pues estaríamos anulándonos como personas en vez de transformarnos por medio de una oración profunda en la Fe. Esa transformación no es fija y eterna, por lo que debemos trabajar en ella todos los días y varias veces al día.

No tiene lógica pensar que nuestro Señor Jesucristo pretende que nos presentemos ante Él en un estado casi angelical para hacer nuestra oración. Creerlo así, es un signo claro de que necesitamos profundizar en el conocimiento de Cristo, para poder entregarnos tal como somos y realizar nuestra oración con honestidad no sólo hacia Él, sino también hacia nosotros mismos.

Él vino por los pecadores, pero no para que nos sintamos eximidos de nuestros pecados y que, con la conciencia tranquila, sigamos actuando de la misma manera; sino para que, encontrando Su Sangre Redentora, esa Gracia que emana de Su Sagrado Corazón, surja el deseo de cambiar, y el amor por Dios sea un sentimiento tan fuerte, como para motivar ese cambio interior. Pero eso implica luchar todos los días contra nuestra naturaleza pecadora, enfrentado dicha lucha **con Cristo**.

Pero esto que es teórico, no se vive como se lee. Muchas veces estamos cansados de nuestros propios defectos y miserias, de nuestra propia rutina de ofensas a Dios y dejamos de concentrarnos en esta lucha interior que es, en

definitiva, una pugna con nosotros mismos. Pero seguimos, a lo mejor, recibiendo los sacramentos, asistiendo a misa o rezando. Eso sólo no basta, sino que hasta puede resultarnos “vacío”, porque estamos cerrando el corazón a la lucha del cristiano, estamos bajando los brazos a la felicidad que tantas veces nos parece inalcanzable: la Santidad.

Hoy en día los cristianos nos hemos olvidado que no es posible vivir a Cristo a medias; por un lado rezando, y por otro, murmurando contra el prójimo; por un lado comulgando, y por el otro, haciendo juicios “legales” por venganza o para sacar dinero a otros; por un lado peregrinando y por el otro, manejándonos con prejuicios y espectros sobre los demás; por un lado cantando alabanzas y por el otro, haciéndole la vida tediosa a quienes están a nuestro lado, ya sea en la familia o en el trabajo; por un lado asistiendo a misa y rezando al niño Jesús en Navidad y por el otro, escupiendo la cuna de Sus valores, aceptando maneras de pensar, sentir, vestir, trabajar y actuar que son inmorales y atentan contra la ética y el Espíritu del Evangelio.

Si somos de Cristo, tenemos que trabajar en ello; y si somos del “mundo”, debemos cargar con las consecuencias ante Cristo y ante nuestro prójimo.

Nosotros no somos los paganos que estamos recibiendo el bautismo por primera vez, sino cristianos que ya hemos sido evangelizados o tendríamos que estar evangelizados.

Pero confundimos a nuestros hijos, amigos, compañeros y hasta a nosotros mismos, pues nos comportamos como paganos, viviendo como el mundo nos marca, aceptando sus criterios, sus pensamientos y haciendo un “Dios” a nuestra conveniencia.

Está en cada uno, rever su lugar en la Iglesia, pues todos podemos colaborar con Dios para edificarla o colaborar para que su Iglesia sea como un tren que no puede avanzar, cargado de alimentos dirigiéndose a un pueblo necesitado, pero que no puede avanzar, porque las vías están rotas y no han sido reparadas.

Dios cuenta con cada uno de nosotros para llevar su Palabra, pero no lo podemos hacer únicamente con obras de caridad o asistencialismo, sino que llevamos su Palabra cuando le damos vida al Evangelio, siendo personas convertidas a Cristo, cada uno desde su propio lugar.

Puede darnos miedo ser contradicción, puede que hasta dentro de nuestras propias familias seamos despreciados por pensar diferente o actuar de manera auténtica y no según las apariencias. Puede darnos vergüenza la franqueza con que el Evangelio nos exige hablar, puede que queramos escondernos detrás del “prudente silencio”, o que avalemos nuestra falta de compromiso con un “respeto por la libertad del otro”, o que prefiramos tener un Dios individualista y nos conformemos con ello para no afrontar la verdad de un Dios misionero que, a costa de nosotros mismos, nos impulsará a sembrar su Palabra, muchas veces, en los lugares más difíciles, pero especialmente en el lugar más difícil de todos: nuestros hogares.

Todos somos Iglesia pero no todos queremos vivir el Espíritu del Evangelio que nos trajo Cristo. Pero no debemos conformarnos con lo que sucede en el mundo. Debemos ser conscientes que la humanidad se está autodestruyendo al no aceptar a Cristo y al no tomar nuestro compromiso con urgencia, que es primero con nuestra Fe, un compromiso de conversión a Cristo y vivir coherentemente con esa Fe.

Esta opción implica que nos decidamos por ser de Cristo, con todo lo que eso implica, o ser del mundo, con todo lo que eso conlleva. Cuando nos decidimos por una conversión honesta y verdadera, el esfuerzo es grande, la abnegación no siempre grata, las contrariedades muchas, pero también es grande la paz en el corazón y la presencia de un Dios que desde una cruz, con los brazos abiertos, nos anima a seguir adelante para darnos a conocer su Reino. Depende de cada uno devolver ese abrazo y dar su respuesta.

“Todo es puro para los puros. En cambio, para los que están contaminados y para los incrédulos, nada es puro. Su espíritu y su conciencia están manchados. Ellos hacen profesión de conocer a Dios, pero con sus actos, lo niegan: son personas abominables, rebeldes, incapaces de cualquier obra buena”.

Tito 1, 15-16

**SER CRISTIANOS DE CRISTO,
ES RESPONSABILIDAD DE LAICOS Y SACERDOTES**

“Si alguno de ustedes ve que le falta sabiduría, que se la pida a Dios, pues da con agrado a todos sin hacerse rogar. Él se la dará. Pero hay que pedir con fe, sin vacilar, porque el que vacila se parece a las olas del mar que están a merced del viento.

*Esa gente no puede esperar nada del Señor,
son personas divididas y toda su existencia será inestable.”*

Santiago 1, 5-8

Es una necesidad imperiosa que tomemos conciencia de que la Fe no es una postura, una moda, una herencia de nuestros padres o una elección que se hace para quedar bien con los demás. Los cristianos debemos irradiar a Dios a través de nuestra vida; no importa cuál sea nuestra situación socio económica ni cuál sea nuestro trabajo. Los cristianos no deberíamos considerar a las personas por lo que hacen, lo que tienen o el puesto que ocupan. Pero lamentablemente esto ocurre en todos los ámbitos, es decir: dentro de las familias, de las comunidades de la propia Iglesia y sobre todo, dentro de nuestro corazón.

La Fe no es una competencia ni una virtud, no es un fruto para convidar ni es un espejo para que los demás se miren. La Fe es la llave para que Dios entre en nuestros corazones; es el vaso de nuestro corazón para recibir el Agua de Vida; es un pedacito de los anteojos de Cristo, por el que podemos mirar y ver diferente. Pero la Fe no es como un chocolate que se compra con dinero, no se obtiene a través de un trueque, por el que “dando” oraciones, peregrinaciones o novenas, recibimos a cambio “Fe”.

A la Fe la podemos comparar con el foco de una lamparita, que al recibir electricidad únicamente se enciende, si no está quemada. Ese foco es personal y privado.

Hay quienes son testigos de la Fe, hay quienes incentivan a otros para animarse a tener más Fe, hay quienes dejan huellas de su Fe, y esto sirve para que otros orienten su camino. Pero no podemos crecer en la Fe, si queremos acomodar nuestras necesidades a las bases de esa Fe.

Dios nos ha dado normas para una mejor convivencia, para que tomemos libremente nuestras decisiones, para que encaremos la vida de la manera más conveniente conforme a un Plan Divino. Y esas normas son los mandamientos.

Hoy en día, esos mandamientos sufren incompatibilidad con las mentes y los corazones de los mismos cristianos. A los mandamientos no se los puede elegir y aceptar solamente del 4 al 8 o del 1 al 3 y sentirse eximido por no aprobar el resto. Se deben aceptar y asimilar todos, pues cada uno de ellos, si los vivimos plenamente, no sólo garantiza una vida más plena en el Señor, sino también un crecimiento como personas. Asimismo nos ayudan a desarrollarnos en esta vida que nos empuja a materializar nuestras comunicaciones y a hacer del amor, un trueque momentáneo, sacándole el carácter de sagrado y perdurable que Dios le ha dado.

Pero esos mandamientos se sostienen y se pueden cumplir, viviendo el más grande de ellos, que es “Ámense unos a otros como Yo los he amado”, manifestándose éste a través de: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Hoy en día vemos que estas normas de la Fe, son interpretadas a conveniencia, no siempre escuchadas ni tenidas en cuenta.

Pero aún así, nos decimos y sentimos “cristianos”. No sería exagerado decir que si alguien es de un equipo de fútbol, no andará por ahí usando la camiseta del equipo contrario. Tampoco lo es, si afirmamos que el cristiano no debería andar por ahí optando y viviendo según los valores del mundo, aceptando

como “camiseta” lo que le viene bien o le parece, en pos de su arbitraria felicidad personal.

Aquí nos referimos a cristianos practicantes que hablan de una manera y actúan de otra. Esas personas no toman conciencia del daño que ocasionan a la Iglesia del Señor, y cómo ésta queda afectada en su tarea evangelizadora, pues somos los mismos laicos los que la herimos, y hasta a veces, sin ser del todo concientes de ello. Muchas veces lo hacemos con la convicción de que Dios amoldará los mandamientos a nuestros requerimientos; de que nos juzgará de la misma forma que nos juzgamos; de que cuando rompemos sus normas, estamos absueltos por su “obligada” misericordia; de que porque desvirtuamos y manipulamos el juicio y el pensar de Dios, éstos son tal como supusimos.

Nos convencemos de que Dios se acomoda a nosotros, y que como Él es todo comprensión, compasión y misericordia, nos va a entender y dar su apoyo.

La firmeza de Dios no debe ser un tema para evadir u ocultar, al contrario, la firmeza de Dios es la luz que nos garantiza la norma.

Pensemos en las normas de tránsito: ¿Qué pasaría si cada automovilista las cambiara según su necesidad?: Uno iría a 30 porque tiene su neumático desinflado; otro a 140 porque está apurado; otro pararía a contemplar el paisaje porque está relajado y con tiempo; otro decidiría sacar el cartel “Cuidado con la neblina” de la ruta por no creerlo necesario; otro consideraría que en realidad la ruta le viene bien para aterrizar con su avión; a otro le gustaría cumplir las reglas de tránsito, pero no puede porque quien va delante, maneja muy despacio como para respetar la velocidad mínima de 90 Km. por hora. Y para además, cuando logra pasarlo, se encuentra con un auto parado en medio de la ruta, cuyo conductor toma mate disfrutando de su viaje; y al hacer una maniobra para evitar atropellarlo, casi choca con un avión aterrizado en el carril continuo; lo que hace que se asuste mucho; y tanta

atención pone en no ser chocado, que no advierte que, con esa neblina no podrá continuar su trayectoria, y no existe ya el cartel con dicha precaución.

Alguien con autoridad debe reafirmar las normas y velar para que se cumplan, pues de lo contrario, nos perjudicaríamos unos a otros. Es por eso que Dios no puede cambiar, pues Él ha hecho, en la Perfección de su Ser, normas que garantizan una felicidad para todos. Son normas que les vienen bien a cristianos y a no creyentes, a musulmanes, a judíos, a todos sin distinción de raza y color, pues son pautas que velan por el amor y la fidelidad a Dios y entre nosotros y que por sobre todo, nos hacen personas más felices.

Al vivir de acuerdo a nuestras propias normas y seguir sintiéndonos cristianos, nos alejamos de la Fe y esa distancia no se recorre “rezando” el santo rosario, “asistiendo” a la santa misa, “caminando” a un sagrario o a una ermita, “venerando” una imagen, “implorando” por la intercesión de un santo, “arrodillándose” horas y horas en la Adoración o con cualquier otra muestra de Fe. Esas son actitudes, que resultan vacías de contenido, si no vivimos nuestra Fe con todas sus pautas; aquellas que nos gustan y las que nos molestan, las que nos vienen bien y las que nos cuestan.

Y cuanto más nos amoldemos a Dios, más nos llenaremos de Dios, cuanto más nos acomodemos a Dios, más sentiremos a Dios; cuanto más nos abneguemos por Dios, más creceremos en la Fe.

Y un día comprenderemos las palabras del Bautista al afirmar: *“Es necesario que él crezca y que yo disminuya” . Juan 3,30*

La Iglesia comienza primero a formarse en nuestro corazón y pertenece a todos.

Cada uno aporta su granito de arena aunque no se de cuenta, en cada cosa que hacemos, en nuestra manera de hablar, de movernos, de dirigirnos a los demás, en el tono que usamos, estamos transmitiendo un pedacito de la Iglesia de nuestro Señor.

Ser cristianos implica asumir la responsabilidad de amarse a uno mismo en primer lugar, para luego amar a los demás con ese mismo amor. Pero principalmente implica la responsabilidad de dejarnos amar y transformar por el Amor Supremo, Aquel que nos provee de todo lo necesario para afrontar los difíciles sucesos de nuestra vida.

Nos sentiríamos más fuertes si todos y cada uno de nosotros, asumiéramos la responsabilidad de amar con amor cristiano. Nada nos detendría, pues nos empujaría la fuerza del Amor. Es difícil porque, al igual que una congestión de tránsito, todo es muy confuso y desordenado: los valores, la sociedad que avasalla, las necesidades cotidianas, los problemas. Todo eso nos distrae demasiado del camino de Fe y de la importancia de crecer en el Amor.

Pero no perdamos lo más trascendental de nuestra identidad: el ser hijos de Dios destinados a vivir una vida de espíritu. Los laicos debemos hacerle más fácil la tarea a los sacerdotes intentando ser cristianos en Cristo y no de mundo.

*“Si decimos que estamos en comunión con Él mientras caminamos en tinieblas,
somos unos mentirosos y no estamos haciendo la verdad.*

*En cambio, si caminamos en la luz, lo mismo que Él está en la luz,
estamos en comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, el Hijo de Dios,
nos purifica de todo pecado.”*

1 Juan 1, 6-7

Indice

Presentación.....	3
Prólogo.....	5
Capítulo 1	
La problemática de la familia cristiana.....	7
Capítulo 2	
La familia y su crisis.....	19
Capítulo 3	
La familia cristiana y Cristo.....	29
Capítulo 4	
La experiencia de Dios en el corazón.....	33
Capítulo 5	
Recuperemos el sentido de la Iglesia.....	41
Capítulo 6	
Somos Iglesia... Somos Iglesia?.....	45
Capítulo 7	
Cristo es el maestro de nuestra iglesia.....	49
Capítulo 8	
La responsabilidad de los agentes evangelizadores.....	53
Capítulo 9	
Evangelicemos a Cristo sin cambiar a Cristo.....	57
Capítulo 10	
Ser coherentes con nuestra fe.....	61
Capítulo 11	
Ser cristianos de Cristo, es responsabilidad de laicos y sacerdotes.....	65